

ANTONIO  
COLINAS

La simiente  
enterrada



Ediciones Siruela

## Índice

Cubierta

Portadilla

La simiente enterrada. Un viaje a China.

Créditos

*Antonio Colinas*

**La simiente enterrada**  
Un viaje a China

El Ojo del Tiempo Ediciones Siruela

# **LA SIMIENTE ENTERRADA**

Un viaje a China

## Razón de ser de este libro

En el mes de abril de 2002 hice un viaje a la República Popular de China, invitado por cinco universidades de este país: tres de la ciudad de Pekín (la Universidad Central de Chatai, la Universidad de Lengua y Cultura y la Universidad Número 2), así como las Universidades de Lenguas Extranjeras de Xi'an y de Shanghai. Fue un verdadero don que estos centros se pusieran de acuerdo en la necesidad y en la oportunidad de mi viaje. Por ello, aquí quiero dejar expresado mi hondo agradecimiento hacia los profesores que coordinan los correspondientes Departamentos de Español de dichas universidades. El Lector de Español de la Universidad de Xi'an, Carlos Frühbeck de Burgos, fue el impulsor de este hermoso proyecto, e Inma González Puy, agregada cultural de nuestra embajada en Pekín, hizo todo lo posible para facilitar mi viaje.

Aunque en muchos momentos este libro parezca que tiene primordialmente el carácter de diario o de crónica, lo cierto es que estamos ante reflexiones que nacieron al hilo de mi viaje o que fueron provocadas por él, pero que están fundamentadas en muchos años de lecturas y en valoraciones muy puntuales sobre el pensamiento y la poesía chinos. El viaje –que, sin duda, otras personas podrán describir con mayor extensión y fundamento– no es el tema de fondo de este libro sino sólo la excusa para escribirlo.

Traspasa el texto –más allá de la experiencia provechosa que el viaje supuso– un leve tono de escepticismo hacia la realidad que los ojos ven. Me refiero, al hablar de escepticismo, a que este libro no está a favor ni de la China del pasado ni de la del presente, en irrefrenable expansión económica, sino que en él se intenta vislumbrar, de manera esperanzadora, la del futuro; ese futuro –o tercera vía– que quizá sea el de todos nosotros: el de Oriente y el de Occidente. Pero también hay en este libro –ello es lo más importante– un gran afán de armonía y de búsqueda de la plenitud, que sobre todo se pone de relieve y tiene su desenlace en las últimas páginas. A medida que el libro avanza se va contando una historia sutil –la del hallazgo de la figura de un Buda– que acabará siendo vía de iniciación a otra realidad. Así que, en este libro, se describen dos viajes: uno, el geográfico; otro, el iniciático o interior.

Más allá de la importancia de la cultura china de todos los tiempos y de los grandes cambios del presente, en este país se juega quizá el futuro de la Humanidad. Se trata, por tanto, de un intento de vislumbrar o de entrever ese futuro humanista, en armonía, que a todos nos compete, más allá de cualquier tipo de nostalgia literaria del pasado, de la durísima prueba de cambios de la etapa maoísta o de la presente, abierta, al parecer, a un imparable y gigantesco desarrollo económico.

Quiero dejar también claro que en estas páginas he deseado mostrar, por encima de cualquier otra razón, mi interés y mi amor hacia una cultura a la que, como lector, me he venido aproximando, con independencia, desde hace mucho tiempo; cultura que ha sido decisiva para mi formación y para la valoración que yo he hecho, a través de mi

obra literaria, de la realidad. Hay, pues, más allá del tono de diario o de crónica que parece predominar en el libro, un afán de dejar fijada una ética y una estética: un universalismo fértil que a todos nos atañe.

Deseo, en fin, mostrar mi agradecimiento a mi admirado amigo Ignacio Gómez de Liaño, director de esta colección de ensayo, que leyó la definitiva redacción de mi libro y que tuvo a bien hacerme algunas indicaciones que he tenido en cuenta y que me han sido de gran utilidad. También a la editorial Siruela que, al acoger cordialmente mi obra, apuesta una vez más por ese diálogo fértil entre culturas y por ese *espíritu* que tanto la distingue y que yo he procurado subrayar en mi libro.

**A. C.**

Salamanca, verano de 2004

*–¿Quién te esclaviza? –preguntó el maestro.  
El buscador de la libertad respondió:  
–Nadie.  
–Entonces –replicó el maestro– ¿por qué buscas la liberación?*

Diálogo zen

*Si China es un árbol, el taoísmo es la raíz del árbol. Si no se conoce la raíz, no se conoce China.*

Tiang Cheng Yang

*Desarrollar un pensamiento que va a cambiar tanto la sociedad oriental como la occidental y que creará el mundo futuro, en el que inevitablemente vamos a tener que hacer nuestra adaptación. Nuestro verdadero viaje en la vida es interior, es cuestión de crecimiento, de profundización.*

Thomas Merton

Volar sobre el mundo inmersos en algo extremadamente irreal de puro real. Anulación del tiempo y del espacio al saber que pasamos sobre Varsovia y, unos instantes después, lo hacemos sobre Moscú. En realidad, cuando estoy escribiendo estas páginas nos encontramos encima de Omsk y, muy pronto, allá al fondo de una sutil infinidad de manchas luminosas, podremos imaginarnos los Himalayas, y de madrugada nos espera Pekín.

\*

Releo *El secreto de la flor de oro*, la interpretación que Jung –maravillosa y lucidísima, como todas las suyas– le dio a este texto chino que le proporcionó el sinólogo Richard Wilhelm. Sólo en un texto así podría concentrarme al saber que estoy volando entre Europa y Asia. A raíz de este viaje a China he pensado mucho en lo que le debo a la poesía y al pensamiento de este país y, en concreto, a un notable grupo de traductores y especialistas. Cierro los ojos, hago el ejercicio de rescatar de mi memoria los títulos más influyentes y creo que son los que siguen: las versiones del *Tao Te King (Dao de jing)*, de Lao Tse (Laozi), hechas por Richard Wilhelm, Carmelo Elorduy y José Ignacio Preciado; las del *I Ching (Zhouyi)*, *Libro de los Cambios o de las Mutaciones*, de estos tres mismos traductores. De las dos últimas, una es más espiritual y la otra más científica (hasta en las versiones del Tao nos encontramos con la inevitable dualidad). También Preciado tradujo el *Tratado de la perfecta vacuidad*, de Lie Zi. Y las versiones del *Libro del maestro Chuang-Tzu*, otra vez de Elorduy y de Preciado.

*Los Cuatro Libros* de Confucio, en la versión de Farrán y Mayoral (1956), y las versiones de este mismo autor chino, de Mencio y de los trataditos anónimos *La gran enseñanza* y *El justo medio*, debidas a Joaquín Pérez Arroyo (1981); la antología de poemas chinos preparada por Marcela de Juan y el *Romancero chino* o Libro Clásico de la Poesía (*Shijing*), por Elorduy. También de éste es la traducción de la *Política del amor universal*, de Mo Ti. Un temprano tratado de estética china y de teoría esencial de la literatura es *El corazón de la literatura y el cincelado de dragones*, de Liu Xie, monje budista de los siglos V-VI, obra muy bella, rara y sutil en su género, que ha traducido Alicia Relinque.

Recordaría algunos ensayos decisivos, centrales, que –de haber nacido en otros países– hubieran dado gran gloria a su autor, pero que aquí, entre nosotros, siguen sepultados en el olvido y esperando su reedición. Me refiero a *La gnosis taoísta del Tao Te King* (1961), *Chuang-Tzu, literato, filósofo y místico taoísta* (1967) y *El humanismo político oriental*, las tres obras de Carmelo Elorduy. Estos libros no han tenido desgraciadamente el eco que, por ejemplo, tuvo en Francia *El taoísmo y las religiones chinas*, de Henri Maspero, ahora editado entre nosotros en versión de Pilar



González España y Rosa María López. Lo mismo podríamos decir de *Confucio, educador* (1965), de J. T. Kung. Y aquí me detengo, pues deseo extraer tan sólo de mi memoria textos esenciales, originarios, en versiones directas, y no la infinidad de textos que a veces nos ofrecen en versiones indirectas o alteradas, o a ensayos epidérmicos.

\*

Tener presente, en todo momento, esta universalidad que proporciona el pensamiento completo y el estar sobrevolando unos espacios que no tienen fronteras. Se trata de dialogar fértilmente con lo que, en principio, nos parece ajeno, pero que no son sino las *raíces* de lo propio. Darles a estos textos la dimensión que Jung les concedió en sus análisis: saber que estamos hablando de las raíces de nuestra sensibilidad y de nuestro pensamiento, de las raíces de nuestro ser (*humano* sin más). A la vez, ser conscientes de que hay algo distinto en estos textos, de que vamos hacia una cultura distinta y que, en las diferencias, contrastaremos mejor nuestra sed de conocimiento. El Tao, sí, como expresión de maravillosa unidad, pero que, a su vez, contiene la dualidad (el *yin* y el *yang*) y, por extensión lo que Lao Tse reconoció como «los diez mil seres».

\*

Sucesión, desde el avión, de inmensas montañas nevadas. ¿Son de los Urales o ya de Siberia? No veo escrita en ellas la Historia. Sólo veo abierto el libro de la naturaleza y en él hay que leer. En él hay que intuir el *qi*, la energía que no cesa de dar vida y de quitar vida. Sólo algunos seres que han buscado y que han encontrado la sabiduría parecen haber detenido –¿sólo durante algunos de los instantes o días de una vida?ese terrible ciclo del florecimiento y de la corrupción. Parece que esos seres, «por tener más alma que las cosas», pueden ir más allá. Gozar de la sabiduría del instante y sentir la plenitud del todo, que es la nada, en las cosas sencillas: en una brisa de pinar, en las aves que pasan contra la nieve o en un vaso de buen vino. Como nuestro Berceo, o como Ch'ien, un poeta de la tierra hacia la que voy, te deseo, lector, que en mis palabras

acceptes el buen vino que te ofrezco.

\*

Antes veía manchas de luz y tierra, pero ahora sólo veo oscuridad. La pequeña pantalla del avión me indica que estamos en plena Siberia, volando concretamente sobre Novosibirsk. Abajo, todo es noche y, sin embargo, en la oscuridad, aquí y allá, brillan las luminarias de aldeas y ciudades. Podrían ser las aldeas y ciudades de cualquier país, de cualquier continente. Todo es noche y, en ella, como sembrada, la

luz de los humanos. Y saber que esas luces apiñadas en la negrura, que intuyo heladora, son una y múltiples, como esa verdad del espíritu que Jung nos explica en sus comentarios al texto chino.

\*

Viendo llegar de Oriente, desde el horizonte ya de China, la madrugada como una dulce marea azul y rosada, escucho el *Laudate pueri Dominum* de Vivaldi. Es una de esas vivencias que podrían ser artificiales, de no haberme llegado inesperadamente por los auriculares del avión. ¿Por qué esta melodía y en este momento preciso de la madrugada insomne? Lo que es simbólicamente inesperado nos ilumina. El júbilo que siento es delicado e intenso, y lo corona ese «amén», en verdad glorioso, de la melodía. Sobre un mundo sin fronteras y estando cerca del mensaje de la música, sólo me queda repetir en nuestro interior, con el final de la melodía sublime: «Así sea, así sea, así sea...».

\*

Pleno día ya: la tierra, allá abajo, de un marrón grisáceo, muy desnuda y arrugada, parecida a la piel reseca de un elefante viejo, de lomo inmenso. ¿La inmensidad de un desierto? En él, como arañazos o heridas de un marrón igualmente grisáceo, restos de edificaciones sin techo, ruinas seculares medio cubiertas por el arenal, carreteras que engulle repentinamente el desierto, montes secos y suaves entre la estepa del inmenso arenal...

Impresión inesperada y muy viva, repentina, que conduce de golpe a mi pensamiento a una *nada* atroz. Un panorama nunca visto: el desierto de Gobi llamando casi a las puertas de Pekín. Luego, los primeros signos de civilización, algunos verdes y, como una enorme cicatriz, la Gran Muralla siguiendo imperturbable el perfil de las cimas ásperas hasta detenerse o cortarse de golpe, en la más alta de ellas, ya en los límites del desierto.

\*

El desierto de Gobi con sus más de un millón de kilómetros cuadrados de extensión. El desierto que no cesa de avanzar, que llama con sus calores y fríos, con sus tormentas de arena y sus vientos heladores, a las puertas de Pekín. No cesa de avanzar el desierto, aquí y allá, a lo largo y ancho del mundo; reclama su protagonismo, extiende su mano árida y apocalíptica. Bajo su áspero y amenazador rigor contiene tesoros (petróleo, minerales), pero quizá los guarde para siempre, celosamente. Avanza el desierto en busca del océano, para fundirse con él. ¿Será quizá un día desierto el propio océano?

\*

La Gran Muralla, mínima desde la altura, pero inmensa abajo, reptando entre el Mar Amarillo y el desierto de Gobi: «Inmensidad inimaginable», que dijo alguien. Más de siete siglos se tardó en construir esa muralla. ¿A qué se debió, en el fondo, tal proyecto? Creo que el poner freno a los pueblos nómadas del oeste y del norte –a tribus como las de los hunos– no es motivo suficiente para explicar las razones de fondo de esta desmesura. En realidad, se trata de una honda *proyección* (psíquica) de la desmesura de un pueblo. Obsesión de cerrarse a los peligros externos, o de simplemente cerrarse.

Defendida China por el este y por el sur por el océano Pacífico, por el suroeste y por el oeste por el Tíbet y la cordillera de los Himalayas, el país sólo quedaba abierto al norte, a la extensión del desierto de Gobi. A ese espacio es al que había que oponer la Gran Muralla para que todo el país quedase cerrado al mundo. Terrible es el pensar en sus dimensiones –fruto de tanta piedra, de tanto ladrillo, de tanta sangre–, en el *temor* que generó esta muralla.

Lo mismo se podría decir de esa otra obra ingente que fue el Gran Canal, que cruza el país de norte a sur, finalizado ya en el siglo VII d. de C. y fruto del esfuerzo de un millón de trabajadores forzados. Este último dato siempre tendrá más fuerza en nuestra memoria que el barco del emperador Sui arrastrado a lo largo de dicho canal, como dicen las crónicas, por grupos de ochenta doncellas de la corte y ataviado cada grupo con un color diferente.

\*

Ya en el aeropuerto de Pekín observamos esa seguridad que uno desea encontrar en los pequeños detalles para no sufrir lo más mínimo la brusquedad o los riesgos del cambio, o los prejuicios; esa seguridad que encuentro en los rostros sin mácula de los policías muy jóvenes, minuciosos en sus trámites, pero apacibles. La sensación de seguridad en la mañana insomne es doble cuando veo los rostros de la que será mi guía en Pekín y de una persona de nuestra embajada.

Los celos y tópicos ante lo nuevo se van deshaciendo de golpe cuando el coche discurre por amplias avenidas arboladas y entre inesperados rascacielos. Necesidad de concentrarse en lo que no es nuevo: en ese mismo arbolado abundante, en las multitudes que se mueven ajetreadas, en algún signo aquí y allá con carácter, que no sea reflejo de ese desarrollo enorme y occidentalizado que nos asalta por doquier.

Ese sabor y ese carácter que hallamos, por ejemplo, en el campus de la Universidad Central de Pekín (Chatai o Beida), la más antigua del país, pero que no tiene más allá de ciento cincuenta años. Aunque el sistema de vida en ella no lo sea, toda la atmósfera de la universidad es prerrevolucionaria. Me refiero a que aún se conservan muchos de los primitivos pabellones que hoy albergan el rectorado y algunas facultades. El campus tiene unos bellos jardines, espacios y praderas, un lago, un kiosco y hasta una impresionante pagoda que se refleja en las aguas. Innumerables bicicletas de los alumnos a las puertas de los edificios, atmósfera fresca y distendida, más allá del control policial que hay en la entrada. Uno de los policías, con un fajo de

billetes en la mano, creo que cobra un pequeño impuesto a los que entran en el recinto sin el correspondiente permiso.

\*

Dentro del torbellino de tráfico y hormigón de los nuevos tiempos, el apacible campus de la Universidad de Chatai, con sus pabellones de rojas columnas y agudos aleros, los restos salvados de otro torbellino: el de la historia de las ideas. Pero más allá de estas reliquias arquitectónicas me sorprende el mensaje de la naturaleza en las verdes praderas, en los árboles y, sobre todo, en el lago. En sus orillas hay estudiantes ensimismados que leen o contemplan las aguas. Es una imagen inusual en Occidente: la de esos jóvenes que, de manera relajada, buscan la cercanía y la contemplación del lago. Me acompañan X. y G., y esta actitud de los estudiantes nos lleva también a nosotros a sentarnos junto al lago y a contemplar, y a callar.

Aun así, me recuerdan que en tiempos de la Revolución Cultural (1966-1976) este lago estuvo a punto de ser convertido en una plantación de arroz. Una profesora de la universidad se opuso a ello y salió victoriosa, con los riesgos que implicaba mantener una actitud contraria a lo establecido en aquellos días. Este afán de convertir el lago en una plantación de arroz respondía quizá al dicerio de Mao de llegar a «cultivar todo el mundo». Él lo dejó expresado nítidamente en esta frase: «Si siguiéramos el camino recto convertiríamos el mundo en un campo de cultivo». Lo malo es que el mundo se ha acabado convirtiendo, por intenciones parecidas, en una gigantesca fábrica que contamina gravemente.

\*

X. nos lleva hacia una zona boscosa y, desde allí, por una pequeña ladera, ascendemos a una colina en la que se levanta un pequeño templete o kiosco. Dentro de él, en su centro, descansa una enorme campana de bronce. Pero lo que más me sorprende es que en la superficie de ésta veo grabados los ocho *kuas* o trigramas más importantes del *I Ching*. De golpe, en pleno siglo XXI (y más allá de todas las turbulencias posibles de la Historia), hallamos el mensaje de los orígenes, la lección muda del pasado.

Después de cenar, doy un nuevo paseo a solas. Me gusta extraviarme por las calles y caminos húmedos sin saber muy bien a dónde voy. Sensación infinita de sentirme extraviado de noche en el jardín de un continente que no es el mío. A veces, como sombras que cruzan y flotan en las sombras, pasan algunos estudiantes a pie o en bicicleta. Sombras en la sombra húmeda y dulce de la noche, que me sumergen en una atmósfera sin tiempo, de extremada irrealidad.

\*

Ya en una inscripción grabada en el interior de una campana entre los siglos X y XV

a. de C., se lee que fue hecha por su dueño «para el placer de sí mismo y para la buena armonía de los demás». Hijos y nietos gozarán al oírla, durante «diez mil generaciones», «con la concordia y con el mutuo amor». Armonía, concordia, amor: palabras clave que ya los seres humanos reclamaban significativamente, a través del símbolo de una campana, desde ese origen de la cultura universal que es la cultura china.

\*

Vamos a Badaling, la parte más cercana a Pekín de la Gran Muralla. Una ligera neblina sumerge a los poderosos muros de ladrillo grisáceo, a los montes, a la vegetación, en una atmósfera de extraña irrealidad. Acaso por ello resulta doblemente doloroso el recuerdo del sacrificio que supuso esta construcción que se comenzó en el siglo V a. de C., y que duró varios centenares de años.

Cinco o seis jinetes podían cabalgar emparejados por la vía superior de la muralla, que atraviesa cinco provincias, dos regiones autónomas y se pierde –se «rinde»– ante el desierto de Gobi. Nada arredró la voluntad de los constructores, que siguieron las cimas y las hondonadas dando vueltas y revueltas con una parsimonia secular que hoy nos parece propia de cíclopes. Pero esta neblina de hoy lo difumina todo: hasta ese dolor que supone reparar en la esclavitud.

A los pies de los muros y en las puertas de acceso bulle una muchedumbre de turistas chinos. Todos ellos –jóvenes y ancianos– se aprestan a cumplir con la máxima que está inscrita en un enorme monolito de piedra que vemos en la entrada: «Quien no sube a la muralla no es un hombre». Un anciano, sostenido por los hombros por los que deben de ser sus hijos, emprende pesarosamente, pero sonriendo, la ascensión por la primera de las rampas. En esta obra desorbitada, y más allá del sentido inicial de la misma –poner freno a los pueblos bárbaros del Oeste–, predomina este mensaje último y tan oriental de que el esfuerzo voluntarioso es el que premia nuestras acciones y nos concede la calidad de seres *humanos*.

\*

Impresionado también por esa otra labor voluntariosa de los hombres, que no levantan muros de piedra y ladrillo sino de vegetación. En nuestra marcha desde la Gran Muralla hasta las Tumbas Ming nos acogen amplias carreteras y avenidas bordeadas por corpulentos chopos, abetos, álamos y sauces llorones. Recuerdo también de manera especial una avenida de altos plátanos.

Transformar la naturaleza respetuosamente con las «armas» de la propia naturaleza y con las contrarias. Por ejemplo, las masivas plantaciones de árboles de los chinos en la línea de la vieja y tenaz máxima del pasado: «Convertiremos el país en un alto horno». Descubro que el amor secular de los chinos por los árboles se sigue manifestando de manera ciclópea. Tras construir grandes canales entre los ríos, o la Gran Muralla para poner freno a las hordas del norte –a este proyecto sí que se puede

llamar «poner puertas al campo»–, se trataba de poner freno a los heladores vientos siberianos plantando millones de árboles, construyendo una gran muralla de verdor.

Ahora esa muralla de verdor se alza para luchar contra el desierto de Gobi, que no cesa de avanzar, como hemos escrito, sobre Pekín. Durante una de esas excavaciones para plantar árboles, acaba de aparecer sepultada por las arenas del desierto una antigua ciudad de los hunos («la mejor conservada», dicen los periódicos). Esta ciudad se halla, al parecer, rodeada por una gran muralla de treinta metros de espesor.

Lo curioso es que la tierra para hacer los ladrillos blancuzcos de esta muralla se había amasado con agua de arroz, la cual proporcionaba a la masa una mayor dureza. La antigua China no deja de sacar a la luz sus ruinas sepultadas, la lección del tiempo, el ingenio secular de este país.

\*

De la dinastía Zhou a la Qing los gobernadores construyeron numerosas tumbas, protegidas en tres de los cuatro puntos cardinales por una cadena montañosa. Es una emblemática disposición, indicadora de buenos augurios para los maestros de la geomancia china. Sólo dos de las trece tumbas son especialmente visitadas. Como todo en este país, hay que conformarse con ver sólo una pequeña parte del todo, pues tener un conocimiento completo de cada enclave sería labor de titanes. Hay que dejarse, por ello, fluir sin prisa por el llamado Camino del Alma, atravesar un bello arco pintado de un llamativo azulete, entre un bosque de airoas arquitecturas y de ancianas sabinas extremadamente cuidadas. Sorprende el amor hacia la sabina de este país, ese árbol duro y poco llamativo que quizá es venerado por la lentitud de su crecimiento, por su afán de permanencia.

Ding Ling: la única de las tumbas subterráneas. Pertenece a un emperador fallecido en el siglo XVII y lo más sorprendente es ese descenso a la ultratumba, ese continuo bajar y bajar para encontrarnos con la desolación del mármol y con el vacío de la muerte ausente; doblemente ausente por haber sido lugares previamente saqueados. Se trata de un verdadero palacio subterráneo sellado herméticamente por una enorme piedra que había a la entrada; pero los saqueadores de tumbas buscaron otros caminos para entrar. Los arcones-sarcófagos de madera enrojecida y los tronos de piedra comunican esa misma sensación de desolación.

Encontrándonos a treinta metros bajo tierra y rodeados de piedra y vacío mortuorios, esa sensación es muy fuerte. El carácter faraónico y abrumador del lugar viene, sobre todo, fijado por las gigantescas puertas de mármol, que exigían un muy preciso y diestro ritual para ser abiertas o cerradas, también sobre goznes de mármol. Junto a lo más perecedero –la carne muerta, las cenizas hoy incluso saqueadas y ausentes–, lo que perdura y no podrá ser violado: la dureza, la permanencia de la piedra. De ahí quizá esa presencia excesiva de ella, ese desorbitado afán de perdurar en la materia ajena, ya que es imposible hacerlo con la propia: nuestra carne.

\*

La imposibilidad de guardar eternamente el secreto de la muerte bajo la gran piedra que sellaba el «palacio subterráneo», las Tumbas de los Ming. La gran piedra que representa la férrea voluntad aparece hoy derrumbada, como el tiempo pasado. Ya cuando entraron los descubridores o los violadores de tumbas éstas se hallaban saqueadas, y los atuendos y piezas, deshechos, rotos o perdidos. Antes o después se acaba violando el secreto de la muerte funeraria. Para nada, pues nada secreto revela a los violadores de tumbas el vacío que supone la muerte, la ceniza.

\*

La muerte y la piedra, la piedra frente a la guerra (la Gran Muralla) y la muerte (las tumbas), se deshacen en una tercera presencia: la del incienso que aún arde hoy en las ofrendas que se hacen en algunos templos, por ejemplo en Yonghe Gong, el Palacio de la Paz y de la Armonía de Pekín, convertido desde el siglo XVIII en templo lamaísta. Destaca en él la estatua de veintitrés metros de Buda, tallado en una única pieza de sándalo y bordeado por los tres guardianes celestiales.

De nuevo siento la sensación evidentísima de que se renueva el espíritu en este país. No sólo en la cuidadosa restauración que se ha hecho de este monasterio, sino también en esa presencia conmovedora de las personas de todas las edades que hacen sus ofrendas con gran sinceridad y concentración. En el siglo de la imagen y del consumo los seres humanos siguen abismándose –como el Buda– en sí mismos, en ese punto o *centro* que se halla entre sus cejas y en el que se encuentra todo en la nada.

A pesar del carácter etéreo, intemporal, que nos transmite el mensaje del incienso, comprendemos que, a la vez, nos habla de un presente que desea ser intenso y consciente, libre; un presente que, más allá de todas las prohibiciones, deformaciones y pruebas de la Historia, aún perdura. La permanencia (tan taoísta) de lo débil frente a lo más fuerte. Me siento sorprendido por la experiencia –muy viva– de esta espiritualidad que creía más prohibida y sepultada.

Personas de todas las edades, pero sobre todo muchos jóvenes, se acercan para repetir el ritual de las ofrendas: los gestos de las manos unidas, los sinceros ojos cerrados, la elevación de las barritas de incienso hasta la frente y luego el acto de entregarlos al fuego, de ofrendarlos en la pesada urna de hierro que hay frente a los sucesivos pabellones y altares del templo.

En una de las salas se levantan las figuras de tres grandes Budas dorados (los que representan al pasado, al presente y al futuro), y, en la última de nuestro recorrido, un gigantesco Buda sostiene, a modo de columna única, la alta techumbre del pabellón. Me convence más la devoción de los jóvenes fieles que la de algunos monjes que merodean por los alrededores de los pabellones y dicen cansinas plegarias sentados junto a sus frascos de té.

Un altavoz repite parsimoniosamente la melodía que contiene las sílabas sagradas, plegaria única e incansable que nos recibe y nos despide: *Om mane padme hum*. En los pabellones laterales hay otros altares con santones y deidades secundarias que, sin embargo, atraen igualmente la atención y la devoción de los visitantes. Algunas de

estas figuras –a veces en modo alguno bellas– son las que reclaman a un público más numeroso.

Uno sale con una viva e incuestionable impresión del lugar: más allá de los particularismos de las creencias no se puede ahogar lo sagrado en los seres humanos. Es un testimonio –el de esos ojos cerrados de los jóvenes– que no admite dudas y que –creo– sorprende profundamente a H. Entreveo en ella una educación racional que cuestiona esta atmósfera de devoción cuando entramos en los patios del monasterio, pero que la acaba rindiendo ante la evidencia, en verdad conmovedora, de los hechos. No es raro por ello que los dos acabemos haciendo frente al fuego nuestras correspondientes ofrendas. Ella incluso esboza un rápido saludo con las manos unidas que yo, por respeto, no repito. Prefiero esa simple comunicación, a través del humo azulado del incienso y de su aroma, con lo que está *más allá*.

\*

X., un buen conductor pequinés, nos extravía por los rincones más insospechados de la ciudad, que conoce a la perfección. Él representa a la perfección las virtudes de las personas que han habitado secularmente esta ciudad: la generosidad, la sencillez, el entusiasmo y la alegría naturales. Los días en Pekín pasan rápidos y agotadores de la mañana a la noche y, cuando ésta llega, aún prolongaríamos sin cesar el tiempo.

Me sorprende este afán de servir, de atender, de las personas que me acompañan. Nada importa: ni el cansancio, ni el cambio de horarios, ni las apresuradas paradas en algún restaurante típico de los *hutongs* para comer algo. Observo que «la mejor comida de Pekín» es directamente proporcional a mi desconocimiento de la misma. Los productos más insospechados, casi todos ellos fritos, se acumulan en pequeñas montañas en los mostradores. Es parte de la atmósfera vivísima de estos rincones populares del viejo Pekín.

Los *hutongs*, los viejos callejones –sobre la inmensidad de sus tejados rojos parecía navegar, en tiempos, la gran «nave» del Palacio Imperial–, son hoy reliquias del pasado en las que, sin embargo, aún sentimos latir la verdadera vida. Están sometidos a la amenaza del desarrollo especulativo urbano, que ha ido acabando con los viejos barrios, murallas y parques de la ciudad. Pero de golpe, al girar desde una gran avenida, aparece este laberinto gris y bullicioso de los callejones en los que no sé si tiembla aún la vida de otro tiempo o la verdadera vida; es decir, la no normalizada y no desarrollista: la de los tenderos y artesanos, la de los humildes anticuarios, la de la gente del pueblo.

Al anochecer, con sus farolillos rojos de luz tibia, con sus rincones sombríos, de olores fuertes y agrios, los humildes callejones resisten frente al imparable avance del «desarrollo». Entre los afanes normalizadores y programadores de los dirigentes del ayer y del hoy, los modestos *hutongs* –por encima de las carencias y de la injusticia que ha supuesto vivir en ellos– hoy son sólo un símbolo, indican acaso esa *vía media* de los antiguos filósofos, en la que está la verdad, en la que tiembla la vida.

El escritor Lin Yutang nos dejó en algunas de sus novelas y ensayos muy poéticas



descripciones de estos callejones populares, especialmente pacíficos durante la noche, cuando todos los rumores se apaciguaban: voces, músicas, tintineos. Los pequeños patios de las casas se animaban, de manera especial, en verano. Si las puertas de las casas estaban abiertas, un biombo verde cuidadosamente colocado preservaba la interioridad del patio.

También nos dice Lin que en primavera los habitantes de estas zonas populares amaban escapar al campo de los alrededores de Pekín para ver florecer las lilas, las peonías o las moreras. Regresaban trayendo en sus manos ramas floridas de melocotonero. Frente al esplendor de los ricos edificios cortesanos, los callejones populares ponían de relieve una vida más animada y bulliciosa, especialmente de día, en los mercados y en los parques cercanos.

Hoy estos callejones me llevan a recordar la atmósfera nocturna y trepidante de los dos primeros capítulos de *La Puerta de la Paz Celeste*, la novela de Shan Sa, una joven escritora exiliada en París. Si pienso en los nocturnos que se describen en las primeras escenas del libro, la humedad de estos callejones me sabe a sangre.

\*

Pasamos junto al edificio en el que Mao comenzó a forjar sus sueños. Es la sede de una biblioteca de la universidad en la que el joven Mao trabajó como auxiliar de bibliotecario. Recuerdo su afán de rigor en aquellos días primeros suyos, utilizando siempre el agua muy fría en sus duchas, a la manera de como más tarde utilizaría las armas del enemigo; utilizar el agua muy fría para obtener calor y vigor, para acabar con cualquier tipo de frío que viniese de fuera o de dentro del cuerpo.

Se le recuerda también a Mao sentado en una escalera de la biblioteca devorando libros y más libros, preferentemente los de los poetas clásicos chinos y persas. Devorador de libros como Lenin, que se llevaba los libros de las bibliotecas en cestos al campo. Ellos entraron en las lecturas, pero ¿las lecturas entraron en ellos? Suele resonar mucho en las biografías de los grandes dirigentes la música eterna de los versos, pero podía más en ellos aquella otra música –irrefrenable del instinto atávico que desea «cambiar» el mundo al precio que sea: el afán de proyectar la psique sobre los otros, más allá del lógico y loable afán de justicia que persiguen los seres humanos.

\*

Avanzar por la plaza de Tian'anmen desde el enorme bulevar ceremonial de Chang'an Ji, envueltos en una levísima neblina, es tener la sensación de que venimos de lo inmenso y vamos hacia lo inmenso. Se nos dice que esta es la plaza de «La Puerta de la Paz Celestial», pero sin embargo sabemos que nos remite vivamente a acontecimientos históricos, algunos de ellos muy recientes y en la memoria de todos, como los que van desde la proclamación de la República Popular China en 1949 hasta las últimas manifestaciones populares, permitidas o no.

Pregunto por estas manifestaciones a S., y me responde con otras dos preguntas que

me llevan a callar y a contemplar: «¿Qué manifestaciones? ¿Las de los obreros, las de los estudiantes, las de los guardias?». Indudablemente la Historia de estos cincuenta últimos años se funde premeditadamente en las palabras de mi acompañante para no responderme de manera correcta. Esa Historia visible en leves señales, como las de los uniformados que van inquietos de aquí para allá en busca de cualquier indicio sospechoso, que revisan bolsos y piden documentación a algunos de los viandantes.

La inmensidad de la plaza entre la neblina. Los cuatro enormes edificios en las lejanías de los cuatro puntos cardinales: una de las puertas de la Ciudad Prohibida («La Puerta de la Paz Celestial»), el mausoleo de Mao y los edificios oficiales de estilo soviético, como el Congreso o el Gran Salón del Pueblo. Aquí se levantan los museos de la Historia y de la Revolución de China. La Historia contemporánea también está presente en símbolos, como el del mástil con la bandera central que se venera, o en el retrato enorme de Mao.

Pero puede más en mí esa sensación de la extensión de la plaza, ese vacío intemporal que la neblina acrecienta. Este lugar es en verdad sobrecogedor, pero más allá de los mensajes históricos a mí me ha impresionado esa extensión, ese vacío que remite a una intemporalidad que, sin duda, está mucho más cerca del pensamiento esencial chino. A la larga, la Historia no cuenta cuando no es *intrahistoria*, cuando no está en sintonía con un tiempo esencial y revelador. Ese tiempo que retorna siempre para borrar de golpe las ideas que no son permanentes, eternas.

\*

Hacer en esta plaza, histórica por excelencia, una lectura profundamente ahistórica. Ver, por ejemplo, que los grandes edificios de la plaza son símbolos plenamente terrestres, mientras que la extensión y el vacío de la misma representan el *wu wei*, el vacío lleno, el símbolo perenne del Cielo.

\*

Casi quince años después de «la primavera de Pekín» y de los trágicos acontecimientos de 1989 en la plaza de Tian'anmen, persiste el misterio en torno a las causas y dimensión de aquellos hechos, sobre los que también la desinformación se ha dejado notar. Dudas, pues, sobre el número de muertos –miles para unos, centenares para otros–, y sobre las causas que originaron las protestas: quizá el malestar producido por las desigualdades del crecimiento económico o por la incomodidad de una apertura que, políticamente, se esperaba mucho más generosa.

Tendemos, en cualquier caso, a leer los hechos en clave exclusivamente política, cuando el malestar manifestado podía tener causas más sutiles, pero no por ello menos graves. ¿Las más recientes manifestaciones de un movimiento como Falun Gong señalan un paso más sutil, pero significativo, en esos movimientos que buscan cambios más en profundidad, espirituales? Un movimiento que manifestaría su protesta –silenciosamente en contra del viejo sistema del materialista Partido único

como de ese otro materialismo de nuevo cuño que podría representar, a medio plazo, la plena e imparable economía capitalista. ¿A las libertades políticas a través de las libertades económicas? Pero ¿por qué camino se va a la libertad *interior*, hacia la libertad de las libertades?

\*

Se ha hablado mucho del «espíritu de Tian'anmen», pero ¿qué queda de él? Acaso la aspiración hacia una sociedad plenamente democrática por parte de los disidentes exiliados que aún se niegan a volver y a hacer ese pacto de silencio con el gobierno que otros jóvenes han hecho, y que consiste en lograr todo el dinero posible a través de los negocios de la nueva economía, a cambio de no enfrentarse al Sistema. A estos últimos se les reconoce hoy como los «pequeños Emperadores» o los «nuevos tiburones de la China capitalista». Ellos son la punta de lanza de esa nueva «revolución» que se basa en obtener dinero rápido, en cantidad y al precio que sea.

Sube así el nivel de vida del pueblo, pero a un precio (aquí el olvido de los campesinos, el paro, la grave contaminación ambiental) que todavía se desconoce. Sale así esta sociedad de una visión exclusivamente materialista de la vida para sumergirse en otro materialismo de nuevo signo. De aquí la necesidad que algunos chinos sienten –no se olvide que en este país las minorías son mayorías– de esa *tercera vía* que encauce una sociedad sustentada en los valores de la sabiduría, la espiritualidad y la cultura, es decir, en las *raíces* mejores de este pueblo.

\*

Cada día llevo un libro en mi bolsillo. Es un modo indirecto de hacer preguntas contra el silencio y el disimulo que a veces me enervan. Hoy traigo conmigo el *Libro del Tao*. «Yo soy más taoísta que budista», me dice T., una jovencísima estudiante, mientras repasa sus páginas sin detenerse en ninguna de ellas. ¿Taoísta, en realidad, por marxista?, me pregunto yo. Una cosa clara es que el racionalismo de T. está más en sintonía con la abstracción del Tao que con los ritos y formas del budismo. Y, sin embargo, el taoísmo bien entendido no es sino la mística de los orígenes, una forma sutilísima de religión sin dioses.

\*

Siempre en la vida y en el pensamiento de este país se funden y se confunden las tres grandes corrientes: la taoísta, la confuciana, la budista. A veces, esta fusión se da también en la presencia de determinadas arquitecturas. Salimos de un templo budista y, no muy lejos, nos topamos con Kong Miao, el Templo de Confucio, que en lugares como éste llegó a ser adorado como un dios y que, en otro edificio cercano –la Academia Imperial–, ofrece todavía un confucianismo mucho más práctico. Pero en estos lugares no es el más allá fugaz del incienso lo que predomina, sino el valor, la

presencia y el espíritu de la *letra*. Esa letra de los textos confucianos que es doblemente duradera por estar inscrita en grandes estelas de piedra. Una sola mano, de la que no conocemos ni siquiera el nombre, trazó durante muchos años los ochocientos mil caracteres de los más notorios textos confucianos. Acaso el sentido verdaderamente grande del pensamiento de este país radica en que ha sabido fijar con gran concreción ideas eternas que en otro lugar se hubieran dispersado: una sabiduría eterna.

\*

Aquí y allá, sobre el mar de los tejados grises, vemos torres como la de la Campana o la del Tambor. Por su altura e importancia –no por su significación– son construcciones que se han salvado de la destrucción revolucionaria. Pero hoy lo que de verdad nos impresiona –entre los humildes edificios de los callejones y los rascacielos– es lo que significaba ese tiempo que marcaba el sonido de la campana al alba o del tambor al anochecer, cuando se cerraban las puertas y los guardianes hacían su ronda entre las sombras húmedas de los lagos y los jardines.

Otra vez el recuerdo de un tiempo armónico y sincronizado que apresaba el instante, o que lo dilatava haciéndolo eterno. En algunas de las más antiguas odas chinas, como en las últimas del *Shih ching* –escritas nada menos que en el siglo XVIII a. de C.–, ya encontramos estas presencias de las campanas y de los tambores que sembraban ritmos y armonías a lo largo de las jornadas de las ciudades:

Los grandes tambores suenan graves y profundos.  
Las flautas suenan melodiosas.  
Su melodía armoniosa y calmante  
se acompasa con la música de nuestras piedras sonoras.

\*

Entre tener que elegir el famoso zoo de Pekín y el cercano *Bai Ta* (el Templo de la Pagoda Blanca), nos decidimos por este último. Nos atrae, sobre los tejados, su *stupa* blanco de 35 metros de altura. Se trata de un templo budista tibetano. Fue construido en el siglo XI y reconstruido en el XIII en estilo lamaísta, aunque hubo una restauración muy importante en 1651, dirigida por el emperador Shun Zhi, que coincidió con la primera visita que hizo a China el Dalai Lama. La Pagoda Blanca se alza esbelta sobre su base cuadrada junto al lago y el parque de Beihai.

Por estos lugares también se hallaba el palacio de invierno del emperador mongol Kublai Kan. Nos vamos del templo llevándonos una mezcla de mensajes extremos. Por un lado, el de la sencillez calcárea del *stupa*, gigantesco relicario, monumento típicamente budista, aunque –como tantos otros– de origen hindú, pues se basa en los túmulos védicos. Los antiguos *stupas* eran siempre macizos, de ladrillo o piedra, y los remataba una cúpula esférica, cónica o –como en el Tíbet– campaniforme. Nos vamos, sobre todo, de este lugar llevándonos el recuerdo de las figuras de los mil pequeños